

## SECCIÓN BIBLIOGRÁFICA

**Amar Sánchez, Ana María, y Luis F. Avilés, eds. *Representaciones de la violencia en América Latina: genealogías culturales, formas literarias y dinámicas del presente*. Madrid: Iberoamericana, 2015. 250 pp.**

La violencia ocupa un lugar axial en la producción literaria, cultural y crítica de las últimas décadas siendo numerosos los volúmenes publicados recientemente en torno a la violencia en América Latina—ya sea desde el ámbito de la literatura, de la historia, de la política, de la antropología o de los estudios culturales. *Representaciones de la violencia en América Latina* se erige, por consiguiente, como un estudio oportuno y riguroso que contribuye, de manera productiva, a los debates críticos surgidos, durante los últimos años del siglo XX y las primeras décadas del siglo XXI, en torno a la violencia política en el campo de la literatura y los estudios culturales latinoamericanos.

Dividida en cuatro secciones temáticas, la presente antología toma como punto de partida “la centralidad de la violencia política en los textos literarios”, promueve “el examen y la discusión de otros tipos de violencia y de otros núcleos problemáticos” y reflexiona sobre sus “implicaciones éticas e históricas” (10). La primera sección, titulada “Violencia, subjetividad y memoria” recoge los ensayos de Teresa Baile y Lucero Vivanco quienes exploran la figura del “intelectual armado” en contextos de extrema violencia política (13). En “El intelectual armado” Baile se sirve de los postulados teóricos de Frantz Fanon, Jean Paul Sartre y Régis Debray, entre otros, para examinar el papel que ocupó el intelectual en los procesos revolucionarios de los años sesenta y evidenciar el “desarme del intelectual” acaecido durante las últimas décadas (46). Baile apunta que desde los años noventa, el intelectual se ha servido, más bien, de “su lengua iracunda . . . ira furibunda . . . blasfemia [y] cinismo” como mecanismos para denunciar las diversas manifestaciones de la “violencia de la historia reciente” (49). Vivanco, por su parte, explora en “Camino de morir” las representaciones de la alteridad y la mismidad cultural en el contexto del conflicto armado interno en el Perú y problematiza, por medio del estudio de la narrativa de Mario Vargas Llosa y Lurgio Gavilán Sánchez “la elaboración discursiva de la memoria histórica” al anclarla “dentro de la experiencia de un trauma intersubjetivo” (56). Al configurar “las nociones de otredad, dominación y reconocimiento” a partir de “cuestiones de raza y clase social, y no solo de ideología política” Vivanco propone, a lo largo de su ensayo, nuevas y fructíferas formas de pensar la realidad de la violencia peruana y su consecuente experiencia traumática (56).

La segunda sección lleva por título “Inscripciones literarias de la violencia latinoamericana” y está compuesta de una serie de ensayos que giran en torno a diferentes momentos históricos marcados por el trauma. En “El cristianismo como *pharmakon*” Geneviève Fabry examina *El árbol de la cruz* de Miguel Ángel Asturias a partir del simbolismo contenido en el lenguaje y muestra cómo el cristianismo ha justificado, con demasiada frecuencia, la violencia política. Por medio del análisis de la ambivalencia semántica de la figura de Jesucristo, Fabry propone una nueva y

productiva “perspectiva en cuanto a la representación de la violencia política” (14). El segundo ensayo de la sección, “Reformulaciones literarias del imaginario postdictatorial argentino” de Ilse Logie, explora nuevas formas narrativas que, desde el ámbito de lo privado, permite a los miembros de la “segunda generación”, esto es, a los “hijos de desaparecidos y/o militantes políticos” reelaborar el recuerdo de la violencia y comprender el impacto de la experiencia traumática. Logie se sirve de lo lúdico, lo onírico, el humor y lo fantástico para evidenciar el “cambio de paradigma representacional” del trauma en *Soy un bravo piloto de la nueva China* del argentino Ernesto Semán (116). El último ensayo de esta sección es “Cabezas cortadas en la narconovela mexicana” de Brigitte Adriaensen—pionera en el estudio de la representación de las cabezas cortadas en el campo de la literatura mexicana. Adriaensen examina aquí la representación de la decapitación en la narcoficción mexicana arguyendo que el uso de la ironía y del humor en estas narrativas posibilita el distanciamiento del sujeto con respecto “al espectáculo de la violencia y de lo abyecto” (137).

La tercera sección, “Imágenes de la violencia y violencias de la imagen: cine y fotografía” reúne los ensayos de Luis F. Avilés, Valeria Grinberg Pla y María del Carmen Sillato. En “Turismo humanitario” Avilés lleva a cabo un original análisis de una serie de fotografías realizadas por cirujanos puertorriqueños con ocasión de la misión humanitaria global desencadenada a raíz del reciente terremoto acaecido en Haití el 12 de enero de 2010. El autor critica vigorosamente la “banalización del acto de dar testimonio de la ayuda médica” así como “la cosificación del enfermo” en estas fotografías señalando que en estas se inscribe, de hecho, una forma de violencia (145). Avilés arguye que la violencia contenida en estas fotografías responde a lo que Peter Sloterdijk llama a “la vida en un parque temático”—concepto que describe la imposición de “nuevas estructuras que van modificando . . . nuestra subjetividad y para la cual necesitamos volver a pensar prácticas, ejercicios . . . o normas para cuidarnos a nosotros mismos de las fuerzas del mercado” (158). En el siguiente ensayo titulado “Cine, memoria y política”, Grinberg Pla explora el papel desempeñado por el cine documental en los debates por la memoria en el contexto de la posguerra en Guatemala y reflexiona sobre el dilema, ético y estético, de “representar los efectos de una guerra en la cual el 83% de las víctimas fueron indígenas mayas y en la que el genocidio cometido a principios de los años ochenta es tan solo la culminación de más de 500 años de racismo” (168). “Historia, trauma y representación” de Sillato también explora la conexión entre el cine y la violencia política pero lo hace desde el contexto de la Argentina reciente. Al igual que Logie, la autora centra su atención en los modos de representación de la violencia por parte de la segunda generación y explora, a partir del análisis del largometraje *Infancia clandestina* de Benjamín Ávila, los mecanismos estéticos por medio de los que se evidencia el legado intergeneracional de la violencia de la Argentina dictatorial.

La sección que cierra el volumen, “Los usos (im)políticos del lenguaje de la violencia”, recoge los ensayos de Karina Miller y Stéphanie Decante. En “Los *ugly feelings*”, Miller explora las tácticas discursivas empleadas por el argentino Osvaldo Lamborghini para representar la violencia y escapar, al mismo tiempo, del “antagonismo de los político sin abandonar el terreno de la política” (204). A lo largo de

este ensayo Miller sostiene que es el sinsentido del lenguaje el que funciona como mecanismo que legitima y desarma “lo absurdo de la retórica hegemónica” (225). En el último ensayo, “El arte de la diatriba”, Decante examina la violencia verbal y discursiva contenida en la poesía chilena contemporánea y defiende que por medio de la provocación y la intertextualidad la poesía no solo ataca la violencia de la dictadura sino que desarma, también, “sus coordinadas culturales y discursivas” (243).

Sin duda alguna, *Representaciones de la violencia* es una contribución rigurosa y necesaria al campo de la literatura y los estudios culturales latinoamericanos. Lo único que el lector podría echar en falta en un volumen dedicado al estudio de la violencia en América Latina es la presencia de un capítulo o, mención en el prólogo, a Colombia, país que ha ocupado durante las últimas décadas un lugar central en los estudios sobre violencia en el continente latinoamericano. Esta ausencia, sin embargo, no resta valor ni solidez al volumen aquí reseñado.

María del Carmen Caña Jiménez

Virginia Tech

**Arce, B. Christine. *México's Nobodies: the Cultural Legacy of the Soldadera and Afro-Mexican Women*. Albany, NY: SUNY P, 2017. 282 pp.**

*México's Nobodies* confronts the systematic silences, invisibility, and misappropriations of women that exemplary feminist texts of cultural history inevitably face when confronting the patriarchal spheres of history and nation-building. Written with a beautiful prose and exhaustive research, Arce's book defies the “nobodiness” of *la soldadera* and *la mulata*, two paradoxical protagonists of songs, film, literature, and art who have been “relegated to the margins of Mexico's official memory and history despite that their figures flood the arts” (2). While *México's Nobodies* joins a corpus of cultural criticism on the *soldadera* generated since the end of the twentieth century—Elizabeth Salas, Ana Lau and Carmen Ramos, and Tabea Alexa Linhard, to name a few—its fresh approach lies in how it brings this omnipresent feminine trope into conversation with another: the *mulata*. By encompassing themes of *mulatez*—lost, as Arce shows, in the Vasconcelian discourse of *mestizaje*—the text attains panoramic authority on “the concomitant erasure (in official circles) and ongoing fascination (in the popular imagination) with those nameless people who both define and fall outside the traditional norms of Mexican-ness” (3).

Theoretically, Arce operates under the logic of what she calls “the paradox of invisibility” of *soldaderas* and *mulatas*, ubiquitous figures simultaneously adored, sexualized, muted by anonymity, and feared as transgressors of racial and gender norms. She interrogates these figures through the aesthetic realm, such as metaphor, trope, and metonymy via Jacques Rancière and Hayden White, among others, teasing out their visual, literary, popular, and cinematic manipulations. Historically, the real women that inspired these cultural disfigurements—Carmen Robles became Adelita, a mulatta slave became “La Mulata de Córdoba”—come to life as